

UN SOLO MAR Y UN SOLO MUNDO

Mario Arnello Romo

INTRODUCCIÓN

CUANDO Américo Vespucio, navegante italiano a las órdenes de Castilla, navegaba las costas de Venezuela, la desembocadura del gigantesco Orinoco, y tomaba rumbos hacia el este, siempre a la vista del litoral de un inmenso continente, para recién torcer al sureste después de cientos de leguas marinas, sabía ya a ciencia cierta que las tierras surgidas detrás del Mar Océano eran un nuevo mundo y parte de la vieja Asia. Su sensibilidad, su mente abierta al prodigio, junto a su fácil narrativa ya sus muchos vínculos con los Médicis y con geógrafos e impresores, hacen posible que con tanta rapidez como injusticia se dé su nombre a esta nueva tierra descubierta y no reconocida por Colón.

Pero detrás del nuevo mundo tenía que haber un nuevo océano que separara estas tierras del Asia milenaria. Y el nuevo desafío impulsó la acción descubridora.

Hubo de ser Vasco Núñez de Balboa quien lo descubriera. Por una contradicción, impuesta por la desconocida geografía, tuvo que llegar caminando a través de selvas, montañas y pantanos, hasta hundir sus pies en las aguas y tomar posesión del nuevo océano para España.

El nuevo desafío surgió instantáneo: ¡Había que descubrir la unión de los dos océanos!

Hernando de Magallanes, navegando para España, asumió la misión, donde otros ya habían fracasado. Dos veces había navegado bajo bandera portuguesa a la India y al Moluco, por la ruta africana. Ahora quería hacerlo buscando la ruta americana y así redondear la tierra y cerrar la unidad del mundo. La visión originaria e intuida por Colón en su viaje inaugural habría que realizarla igual, aunque en un planeta tres o cuatro veces más grande que el que él pensó.

Magallanes la realizó. Encontró el estrecho que une los dos océanos y navegó el Pacífico hasta arribar al enorme archipiélago de las Filipinas, tan cerca ya del Moluco buscado y navegado por él anteriormente. La triple misión está cumplida: Descubrió la unión de los grandes océanos, demostró que hay un solo y gigantesco mar —que hace del mundo uno solo— y que se puede navegar hacia el oeste para arribar al este.

Muerto Magallanes le sucedió Sebastián Elcano, quien llegó al Moluco y luego, soltando velas hacia el suroeste, bordeó el extremo de África para tornar al norte por el viejo Atlántico hasta regresar a España.

Pero el mundo resultó ser mucho mayor, de una dimensión jamás pensada a lo largo de la historia. Y en esa inmensa geografía las potencias habrían de descubrir las posiciones terrestres e insulares que aseguraran su poderío, y tendrían que navegar para ser potencias universales.

SIGNIFICADO GEOPOLÍTICO DE LAS NAVEGACIONES Y DESCUBRIMIENTOS

La navegación —prodigio de la suma de navegantes y marineros y de sus barcos, del aprendizaje de vientos y corrientes y de los astros y rudimentarios imanes y agujas, astrolabios y medidas— es el instrumento del saber, del conocer, del descubrir, del develar lo ignorado y lo oculto en las distancias. Es, a la vez, los instrumentos humanos y físicos para

dibujar la geografía planetaria y, definitivamente, será el instrumento para plasmar nuevas dimensiones de la geopolítica.

Las navegaciones hispánicas a través del océano Atlántico y las lusitanas junto a su litoral africano dieron fundamento jurídico e histórico a la bula *Intercoetera* dictada por el Papa Alejandro VI (1493) y a la división, entre ambas naciones, de las aguas y de las tierras descubiertas o por descubrir a ambos lados de la línea trazada de norte a sur en el océano. Más tarde, el Tratado de Tordesillas (1494), basado en el resultado de otras navegaciones y descubrimientos y en difíciles negociaciones, correría esa línea hacia el oeste, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, pero pretendiendo dividir en dos, ahora, el gigantesco orbe.

Ya en ese tiempo, sin duda, la navegación creó un nuevo factor, un elemento distinto que pasó a conformar una potencialidad y, aun, una posición geopolítica. Si en la Antigüedad, para Fenicia o Grecia, para Cartago o Roma, la navegación en el Mediterráneo fue parte consubstancial para su poderío, no es menos efectivo que ella siempre requirió y estuvo unida a la posesión física, perdurable y defendible de su propiedad terrestre. Otro tanto sucedió durante toda la Edad Media y en los siglos XIV y XV, para el desarrollo de Estados navegantes y comerciantes como Venecia, Génova y Cataluña, no obstante el desarrollo de notables instituciones político-jurídicas como el Consulado o las leyes de comercio marítimo.

En cambio, en ese tiempo de navegaciones oceánicas y de descubrimientos planetarios, podríamos decir que la posición geopolítica la configuró la navegación misma: El navegante y su barco, la ruta y el conocimiento que de ella tenía el navegante y su Rey.

Estas generaban derechos para el Estado, exigibles ante la sociedad internacional. Estos eran títulos para el dominio de las posesiones terrestres y, aun, para imponer la soberanía sobre las poblaciones interiores de esa tierra. El descubrimiento marítimo fue el título originario para ejercer tanto la voluntad de dominio y la ocupación como el modo de adquirir.

Nunca antes en la historia, ni nunca lo volvería a tener después, la navegación y el descubrimiento que produjera pudo tener tan significativa importancia y tanta trascendencia. Cambió la geografía del planeta, la cultura de las naciones, la concepción del hombre sobre su propio espacio, la dimensión de los Estados y su poder, los horizontes y la visión del futuro hombre y de los pueblos, el derecho y la ciencia, la economía y la alimentación humana, el arte y las tecnologías. En dos palabras, cambió al hombre y su planeta y a los horizontes e instrumentos del hombre destinados a alcanzarlos y a dominarlos.

Nada, en consecuencia, pudo causar una más profunda y radical transformación de la realidad geopolítica del orbe que la navegación y la era de descubrimientos geográficos que hace cinco siglos abrieron la visión y el ensueño, la voluntad y el genio de Cristóbal Colón.

TRANSFORMACIONES GEOPOLÍTICAS DEL MUNDO DESPUÉS DE 1492

El planeta anterior a 1492 era esencialmente terrestre. Formado por las extensiones de Euroasia, del norte de África, sus mares interiores y sus islas próximas, como las británicas, las japonesas y los archipiélagos del sudeste asiático, sólo asumía como límites o barreras terminales los mares de los grandes océanos marginales o finales: El tenebroso Mar Océano al oeste de Europa, los hielos eternos del Ártico y los mares insondables al este de Cipango y Catay. Y tras los mares océanos... nada.

El planeta Tierra posterior a las grandes navegaciones y a los descubrimientos iniciados por Colón es ya esencialmente marítimo. Al extremo que los geógrafos y cosmógrafos intuyeron la existencia de la Terra Australis como una gran masa continental en el sur del orbe, que debía equilibrar la gran masa continental de Euroasia. Vano intento. Las tierras existentes, que serían descubiertas en los siglos siguientes, no alteraron la característica marítima de la superficie del planeta.

La dinámica realidad geográfica abierta por los descubrimientos fue asumida de muy diferente manera por unas y otras naciones. La comprensión o la intuición o el instinto que llevó a algunos reinos a enfrentar este desafío y a realizarlo como destino propio marcó la ascensión de esos pueblos a un rol imperial de varios siglos de duración. En cambio, los que no lo entendieron o no pudieron o supieron hacerlo quedaron postergados, a lo menos por cuatro siglos.

Esta sola constatación histórica marca a grandes Imperios como España, Inglaterra y Francia y a reinos más pequeños pero tercamente capaces de sostener perdurables Imperios, como Portugal y Holanda, en contraposición a otros Estados, quizás todavía más poderosos pero alejados de la visión oceánica y navegante, o encerrados en sus posiciones de tierra adentro.

La misma consideración cabría hacer con respecto a Estados más pequeños pero de tan profunda convicción marítima, como Venecia o Génova, que continuaron proveyendo de excelentes navegantes a todos los reinos, pero que no pudieron acrecentar su período propio en esta Era de la navegación y de los descubrimientos. La verdadera explicación de esta paradoja reside, a nuestro juicio, en las limitaciones y en las crisis sufridas por las posiciones marítimas interiores mediterráneas, debido al creciente dominio turco y a la gran valoración de las posiciones marítimas exteriores, abiertas a los océanos.

La valoración de estas posiciones y de sus potencialidades geopolíticas no fueron, sin embargo, siempre prioritarias para los Estados que las detentaban y las desarrollaban. Las más de las veces, sin duda, ellas fueron secundarias, incluso casi marginales, frente a la prioridad absoluta que esos Imperios daban a la política, a la geopolítica y a la estrategia intraeuropea. El caso de España bajo Carlos V y Felipe II es un ejemplo decisivo.

La realidad geopolítica del mundo después de 1492, con todo, marcó siderales diferencias con respecto a las existentes con anterioridad al vuelco histórico que produjeron el descubrimiento de América y la llegada a la India del portugués Vasco de Gama.

Europa occidental se abre al mundo

El intento de España por burlar el cerco islámico y agresivo del Imperio otomano condujo a los descubrimientos geográficos más trascendentes de la historia y provocó cambios y transformaciones definitivos en la Humanidad. Sin embargo, no alcanzó el objetivo originario que se había planteado.

Esta circunstancia, tal vez, y la conciencia de fortalecer el gran Imperio católico en Europa, defendiéndolo de las amenazas exteriores del islamismo otomano y de las amenazas y divisiones internas del protestantismo, obligaron a los monarcas Habsburgo a dar prioridad a la política y a las guerras en Europa y el Mediterráneo, en vez de volcar todo su inmenso poderío en cerrar para sí todo el extenso nuevo mundo y los dos océanos que le permitían controlar el Asia lejana.

Portugal, alejado de las contiendas europeas —salvo aquellas que afectaban su propia independencia— siguiendo a lo largo de todo el siglo xv la ruta costera del África, bordada por bordada, llegó al extremo austral del continente y, rodeándolo, pudo subir hacia el norte hasta llegar a la India. Así, alcanzó aquel objetivo, burló el cerco turco y pudo adueñarse de todo el comercio de la seda y las especias del Oriente. En el siglo siguiente llegó a Catay y, más tarde, a Cipango y a Timos, y creó una red de alianzas y de comercio.

Los diferentes resultados de la aventura navegante y marinera de España y de Portugal marcaron dos formas distintas de la gran consecuencia histórica que estas navegaciones significaron para Europa y para el mundo. Una forma será imperial, dominante, colonizadora, evangelizadora y civilizadora, pero también destructora de culturas y, con frecuencia, explotadora inmisericorde de los pueblos dominados. La otra forma será más comercial, limitada a influencias, a alianzas y concesiones, buscando siempre mayor poder y monopolizarlo en beneficio propio, pero llegará a ser esclavizador e igualmente explotadora inmisericorde de los pueblos originarios. Una u otra forma serán aplicadas por todos los Estados imperiales europeos, dependiendo su elección de las decisiones de sus monarcas, o más bien de las relaciones de poderío existentes, en cada caso, en cada pueblo o en cada tiempo.

La luz y la sombra, abisales y desconcertantes, son valoraciones éticas de un análisis histórico. Su apreciación no es materia de este trabajo. La constatación geopolítica es la salida de Europa, navegando a través de los océanos, a la conquista y a la dominación del mundo.

Inglaterra, Holanda y Francia, a lo largo de los siglos xvi y xvii, van a seguir interesadas en desarrollar sus propias posiciones geopolíticas en los espacios abiertos por España y Portugal, para fortalecer sus potencialidades navegantes y sus respectivos Imperios de ultramar.

La suma de estas acciones expansivas de cinco potencias europeas, en el vasto espacio americano, africano y asiático, aun cuando vayan siendo realizadas como una expresión de vigor nacional que trasciende al ámbito universal, vienen a conformar un nuevo cuadro geopolítico.

En los inicios del siglo xvi, no obstante, no fueron muchos los que percibieron en todo su significado la magnitud de las transformaciones que abrieron los descubrimientos marinos. Pero sí fueron percibidas en los reinos directamente interesados, Portugal y España, que pretendían sostener sus beneficios y exclusividades celosamente.

Para estos Estados nada había cambiado en la realidad geopolítica de Europa y del Mediterráneo, pero era incuestionable que habían sido creadas posiciones geopolíticas y estratégicas absolutamente nuevas. Así, Portugal concibió y defendió a sangre y fuego su dominio exclusivo sobre África y las rutas marítimas africanas hacia la India y el Moluco, e incluso en los mares de Java, China y Japón. Por su parte, España pretendió cerrar su coto exclusivo sobre las tierras, sobre los mares y aguas atlánticas de América y sobre la totalidad del inmenso océano Pacífico, transformado de hecho en un inmenso lago español.

Es en estas visiones geopolíticas donde entran confrontacionalmente las visiones y expectativas de Inglaterra y de Holanda. Ambas sintieron que la concepción de la bula *Intercoetera* sólo satisfizo aspiraciones y presuntos derechos de las naciones hispánicas y negaron toda legitimidad a la creación, descubrimiento e intereses de sus pueblos. Más aún cuando, por distintas razones, cuestionaron la autoridad y legitimidad del Papa y asumieron el desafío, crearon sus propias marinas de guerra y mercantes, su poder naval, e intentaron

dominar los mares y enfrentar el dominio exclusivo de España y de Portugal. A muy poco andar, Francia asumió su propio desafío, recurriendo al ancestro navegante de sus propias raíces normandas y a su total desaprensión para pactar, inclusive con los turcos, en contra del católico monarca español.

No obstante, el aire renovador y visionario no entró en el corazón europeo. El centro político y estratégico de Europa siguió siendo el centro terrestre del continente. El control del Imperio romano-germánico, de Italia, del centro europeo afirmado en las naciones balcánicas, de Flandes y del Rin y, sí es posible, del Danubio, reflejaron los espacios estratégicos que conformaron la visión geopolítica europea. Adicionalmente, el Mediterráneo, sus posiciones insulares y terrestres y las posibilidades marítimas y terrestres de alcanzar una victoria definitiva en ese ámbito —Lepanto y Túnez— entraron a escribir la historia.

Las potencias opuestas al Imperio español, Francia, Inglaterra y Holanda, no demostraron haber comprendido el significado histórico y geopolítico de la acción de España, ni tampoco la trascendencia de la lucha contra el poderío islámico y turco. Todas sus acciones y su estrategia, durante tres siglos, apuntaron a debilitarla confundir y a destruir no sólo al Imperio español sino, también, el significado histórico, civilizador y evangelizador de España.

Asia se somete a las Influencias europeas

La segunda parte, la gigantesca Asia milenaria, se sorprendió ante la irrupción inesperada y, luego, sucesiva de las potencias europeas. Ninguna de las grandes naciones supo defenderse frente a éstas, que no pretendieron dominaciones territoriales extensas ni imponer dinastías o poderes políticos expresos... Sólo pidieron franquicias comerciales y algunos puertos o concesiones desde donde comerciar, libre y abiertamente.

Con la amplitud de su mente, China lo aceptó una y otra vez, durante centurias. Sólo al promediar el siglo XIX, la brutalidad y el abuso comercial de la droga y de la miseria provocaron la reacción nacional y la lucha.

Hasta ese entonces, todavía tan lejano, ni en la India, donde Portugal se instaló en Goa, Madras y los enclaves interiores; ni en la China, donde se adueñó de Macao; ni en Japón, donde obtuvo concesiones comerciales y amplio monopolio; ni en Tidore, donde masacraron sin piedad a los españoles, la penetrante influencia comercial europea tuvo el menor tropiezo. A menos, por cierto, que fuera un Estado europeo el que se opusiera a la entrada de otro Estado europeo.

Lo anterior, en forma terminante, permite concluir que en Asia lejana, en esa vasta y poblada segunda parte del mundo, las únicas concepciones y variaciones políticas y geopolíticas fueron asumidas, a lo largo de tres siglos, por los emergentes y dominantes Imperios europeos: Portugal y España, primero; Holanda e Inglaterra, después; y finalmente Francia. Más tarde se sumarían varios otros...

El Islam autocercado

El poderío del mundo islámico, dominado sin contrapeso por el Imperio otomano desde los inicios del siglo XVI, ha de mantener sus mismas características hasta el término de la Primera Guerra Mundial, ya en el siglo XX.

No hubo ninguna nueva visión geopolítica ni estratégica, no obstante las inmensas transformaciones y cambios habidos desde 1492. El Imperio porfió su entrada al centro de Europa, sitiando dos veces Viena en diferentes siglos e insistiendo en dominar los Balcanes y el mar Negro, Crimea y el Cáucaso. Es decir, persistió en magnificar su rol de Imperio central del mundo antiguo, terrestre y mediterráneo, ignorando y menospreciando las profundas transformaciones que creó la Era de los Descubrimientos y los gigantescos desafíos y proyecciones que abrió a los pueblos imperiales.

Pareció ignorar la profunda alteración geopolítica que había producido la llegada de las potencias occidentales al Asia. No valoró la creación de posiciones de aquéllas, de fuerza creciente, primero en la India, luego en la China y en el sudeste asiático; posteriormente en Adén y finalmente en Suez. Preocupado por el poderío creciente de los Balcanes y por la tenaz oposición de los Habsburgo en el centro de Europa, el Imperio otomano no buscó extender su poder hacia los débiles reinos y sultanatos musulmanes de la India y del sudeste asiático, y confrontar allí a los Imperios occidentales que lo estaban cercando.

Paradójicamente, el poderío islámico que en el siglo xv cercaba a Europa y la estrechaba contra la mar tenebrosa del Atlántico, desde el siglo xvi en adelante, y en virtud de la salida navegante de Europa hacia el ancho mundo y hacia el Asia, había comenzado a quedar cercado y estrechado en sus vastas extensiones terrestres.

Estas circunstancias, que nadie midió en su tiempo pero que se fueron transformando en realidades históricas evidentes, son, sin embargo, expresiones de los cambios geopolíticos potenciales que creó la gesta marinera de Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

EPILOGO

El transcurso del tiempo, quizás tres o cuatro siglos, hizo evidente a los estadistas de las grandes potencias occidentales lo que un análisis geopolítico esencial habría demostrado ya desde los inicios del siglo xvi. El instinto nacional de poder y de expansión pudo suplir las deficiencias de conocimiento y de análisis, en muchos casos, pero no en todos ellos. Y los vacíos y los errores significaron la pérdida de tantas posiciones y posibilidades, como también de tantos sacrificios y de tantos ensueños.

La comprensión de la trascendencia de la posición geopolítica y de las potencialidades que abrían y creaban la navegación y el poder naval de un Estado, sumadas a la conciencia de un destino oceánico para una nación marítima, levantó en estos siglos a grandes potencias. El olvido y la ignorancia de tal realidad provocó la decadencia o la postergación de otras, inclusive de aquellas que navegando habían abierto el mundo en toda su realidad marítima, en toda su geografía y en toda su unidad.

Una comprensión profunda de la historia de los últimos quinientos años nos confirma que todo lo esencial comenzó en el alba del 12 de octubre de 1492, hace quinientos años, cuando ante la proa de las naves de Colón surgió desde lo ignoto de la Mar Océano un nuevo mundo. Y tras él un nuevo y mayor océano, que el hombre también sabe navegar y cruzar.

Un solo mar y un solo mundo fue la consigna no dicha pero intuita y luego vivida por los navegantes que redondearon la tierra y le dieron toda su extensión. Y esa consigna —que es una realidad— marca y orienta el destino de toda nación que anhele construir su futuro y asegurar su identidad, su independencia y su presencia universal.